

SOLO EN FRANCFORT

A Aurelio Asiain

¿A QUIÉN PEDIRLE CONSEJO? Estaba solo en Frankfurt; acampaba en un hotel cucarachiento frente a la estación. Toda la noche, con el griterío de los borrachos —la prosa del cervecero es más estridente en alemán— y el tufo a camarones rancios de las fondas chinas, le llegaba el chirrido empañado de los tranvías, que tanto le recordaba su insular y lejana ciudad natal, y hasta el relámpago del tendido eléctrico, cuando lo tocaban los trolis. Esa luz azulada, de ambulancia salvadora o de aurora boreal —se dijo—, debe de ser la misma que envuelve a las ensueños que siguen a la muerte y preceden la próxima encarnación.

Como muchos otros sudamericanos que llevaban el ser inéditos como un fardo inconfesable, había llegado dos días antes a la ciudad, en tren de segunda y sin litera, deslumbrado por el prestigio, algo mítico es verdad, de la Feria del Libro.

El pretexto para disimular, y a la vez subvencionar, su furtivo acceso a las Letras era el de siempre: empalagosos reportajes para periódicos sudamericanos de tinta chorreada y tipografía brincona, emisiones de radio grabadas en cassettes ya fatigadas a fuerza de borrones, quizás alguna foto.

Pero si disimulaba sus desaforados deseos de triunfar —perdón: “de llegar a dar algún día testimonio de su tiempo”— era, afortunadamente, sólo ante los otros. Ante sí mismo todo estaba claro.

Estiró los brazos, bostezando, se frotó los ojos; se levantó como pudo: el tren le había destrozado la columna vertebral. Traía en la maleta un manuscrito cuidadosamente presentado gracias a la Amstrad y a la diligencia de una amiga francesa. Contemplándolo en medio de la ropa, aunque almidonada de dudosa limpieza, con el orgullo de quien conserva un trofeo aún sanguinolento, se dijo que la joven experta en logicales había tratado muy bien su texto. Y —la vida es un meticuloso sistema de intercambios— él, a ella, también.

Estaba despeinado, algo sucio. Ante el espejo, se preguntó dónde estaría, en Alemania, la torre donde había enloquecido y muerto Hölderlin. Miró en las llaves del lavabo las iniciales que correspondían con el agua fría y caliente. Constató sin sorpresa que disfrutaba, al menos, de algo perfecto: su ignorancia del alemán.

Una barba de dos días, resto del viaje y del descuido, le sombreaba la cara con su ríspida textura, ya tupida por la energía insolente con que brota el pelo a cierta temprana edad:

—Me queda muy bien —se dijo—. Me da algo a la vez romántico y maduro que ahuyenta un poco este tipo de sudamericano de orquesta folclórica, o de boxeador retirado. Me la voy a dejar crecer, al menos un día más. —Y se acarició la barbilla con el dorso de la mano—. Sí, de seguro me dejo la barba.

Y acto seguido, como obedeciendo a una orden que no emanaba de nadie, pero que era a la vez inapelable y urgente, se cubrió la barba con una espesa capa de crema de afeitarse, pulsando con rabia en un tubo y se rasuró, meticulosamente, hasta el último pelo.

No sabía por qué hacía de momento esas cosas, ni otras más graves y objeto de más larga meditación; no sabía si eran racionales o no.

Una hora después —el mapa de los transportes colectivos era inextricable; los taxis arrogantes y fuera de precio— se encontraba en la Feria. O más bien: en medio de los andamiajes aunque metálicos piranesianos que rodeaban la entrada y ante los cuales tronaba, como un emblema inquisidor o una amenaza, la maqueta en plástico de un rascacielos, gigantesco supositorio que en breve ocuparía el lugar. Las habitaciones, creyó entender en la muchedumbre, ya estaban reservadas.

Protegidos por sus cascos fluorescentes, los obreros turcos parecían divertirse con el ruido de las perforadoras. Vadeando zanjas y ejecutivos miopes, vestidos como pastores anglicanos, que avanzaban con una expresión de beatitud, sonriendo ante un horizonte prometedor aunque lejano, logró llegar hasta la puerta. La habían copado unos hippies vendedores de pasteles de ajonjolí, de garantizada fabricación casera.

Había sólo una entrada minúscula, para toda la Feria, con su simétrica salida. Franqueó una reja giratoria, compró un billete y lo enseñó dos veces antes de someterse al minucioso registro con que un vigilante albino gratificaba a algunos de los asistentes. Ya había dos negros y un árabe —se dijo—; faltaba el sudaca de servicio.

Se encontró en un patio interior, cuya superficie —calculó enseguida— correspondía a la de un jardín botánico o a la de un gulag mitigado. Lo rodeaban cuatro edificios, pero sobre todo una reja de barrotes altísimos, muy unidos. Ante ella, frente a una antigua salida hoy vetada y protegida por cuatro policías, una mujer desgredada y cargada de bolsos daba gritos y se golpeaba contra los hierros: ¡Ausgang, Ausgang!

Atravesó corriendo la explanada. Pérgolas de metal y árboles otoñales o deshojados, servían de refugio a los estudiantes que, acurrucados junto a los troncos, ingurgitaban apresuradas salchichas y cervezas tibias. Se escuchó un temblor de cristales: un avión que franqueaba el muro del sonido.

En el edificio número cuatro habían quedado clasificados, en inestables repisas o bajo transparencias gigantescas con sus rostros graves, los autores por editores, los editores por países y los países por orden alfabético.

Lo recibió el rumor de los lectores, una muchedumbre

aunque disciplinada fervorosa, que ascendía por una aceitada escalera mecánica, relajada, como si nada costara el menor esfuerzo, como si los libros y su saber estuvieran desde siempre allí, esperando, prestos a entregar de inmediato lo que albergaban, sin exigir nada en compensación.

En el rellano de uno de los pisos, tres monjas de hábito blanco, cofia almidonada y sandalias, se desgañaban, siempre sonrientes, vociferando canciones seguramente redentoras, que ampliaba hasta lo insoportable el eco natural del lugar. Nadie las miraba.

Iba a subir a otra escalera cuando sintió que lo tocaban por el hombro.

—¡Aquí está el best-seller que buscaba!

Se volvió asustado y reconoció a un colombiano que había frecuentado en la radio francesa y a quien había confesado, en alguna borrachera laboral, sus resabios literarios.

Era un hombre petiso y gordezuelo, poeta metafísico sudoroso y gago que, aunque insolvente, lograba ese lujo sin límites que es evitar los inviernos: se iba de vacaciones a su país según refrescaba el tiempo.

—Chico —encadenó el colombiano sin el preámbulo del menor saludo—: he comprendido que la Literatura tiene un secreto y sólo uno —y alzó el índice en el aire—: el agente.

—Sí, hay algo de eso —le respondió apresurado, para sacárselo de encima, avanzando ya hacia la próxima escalera.

—Óyeme bien —replicó el vate de inmediato— y piensa en esto. ¿Quién, pero quién hizo a Gabo sino la Balcells? —Y dio un paso adelante, decidido a acompañarlo.

—Influirá un poco —replicó irónico— el talento de García Márquez, ¿no te parece?

—Es cierto hermano, es cierto —admitió el colombiano con un mohín de suficiencia, como si todo le pareciera ingenuo, o ramplón—, pero sólo como materia prima. El resto... el agente. Contrariamente a lo que se piensa —hizo un silencio teatral—, éste dista mucho de ser un simple intermediario. Es un verdadero artista. O *à la limite* un artesano que encau-

za al autor incipiente, inseguro, por el mejor camino, que lo conduce, como un guía certero, hasta la puerta de la gloria, que es la de un editor.

No sabía qué hacer. Estaba perdido en el cruce de las escaleras mecánicas. Pensó, para escaparse, tomar una de las que bajaban. Pero ya era tarde.

—Y por cierto —añadió el colombiano, trabándose en las palabras—, he decidido ser el tuyo.

—¿Mi qué? —preguntó consternado.

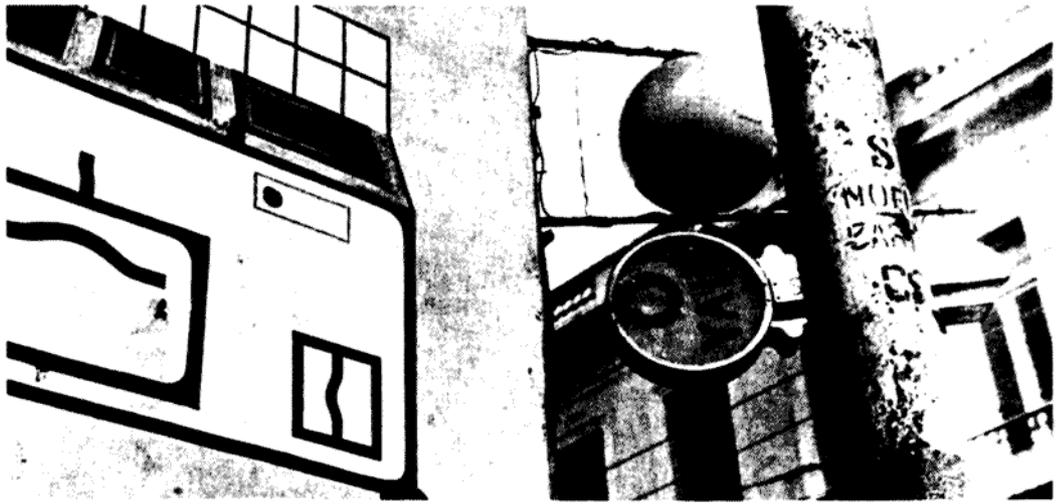
—Tu agente, hombre —respondió con un risita—. Desinteresadamente, por supuesto. Mira —concluyó—, vamos al grano enseguida. Esta noche a las ocho me encuentro en el bar del Francforter Hoff, con el mejor editor de extranjeros, el hombre ideal para ti. ¿Por qué no vienes a tomarte un bloody—Mary? No faltes. Se trata realmente del right man...

Pero no escuchó lo que seguía —una explicación complicada que se disolvió en el rumor de las escaleras y en la cantaleta de las monjas—. Iba ya, rauda, huyendo hacia abajo. Por supuesto que no iría ni muerto al siniestro hotel.

Se repuso, en un bar atestado y sin ventanas, ante una cerveza helada que le sirvieron con una lentitud exasperante y en una jarra.

Pasó la tarde en la Feria, al menos hasta ese momento en que todos los libros, a fuerza de hojearlos, se confunden en uno solo; se superponen autores y portadas, se mezclan los idiomas hasta la náusea... El rumor de los visitantes se iba apagando. Bajó hasta el patio. El crepúsculo tenía en Alemania algo inapelable y fúnebre, como si fuera el último de la creación, como si mañana un cataclismo irreversible fuera a extinguir la Tierra. Acudió bajo las pérgolas solas, en un carro ambulante, a una segunda cerveza.

Un tranvía lo dejó, de regreso al hotel, en una plazoleta limpia, que parecía recién fabricada. El *porno-shop* que la animaba exhibía perversiones tan diversas y tan bien ordenadas que no supo a cuál acogerse. Una imagen, sin embargo, lo sacudió particularmente. Quizás por lo distante que



se encontraba, al menos para él, de todo lo sexual: una regordeta, molettuda y salaz, se exprimía los senos en un plato de *corn-flakes*. Tuvo que volverse para no vomitar.

Nunca supo por qué se encontraba a las ocho menos diez en el bar del Francforter. Quizás, simplemente, porque su hotel estaba al lado; con más probabilidad, porque esa noche no tenía nada que hacer.

—¿Por qué no intentar? —se dijo ante el espejo. Se puso una loción para después de afeitarse y una corbata. Se dio unos toquitos en la mejilla con la mano abierta. A decir verdad, se encontraba muy pálido.

El bar parecía un *set* hollywoodense listo para el rodaje. Todo era afelpado y discreto, a la vez lujoso y cotidiano. Tres rojos esplendían, en medio de los empañados oros y las molduras barrocas: la cincha granate de un caballo, en un retrato ecuestre colgado en el muro de fondo; la blusa de seda, púrpura y plata, de la evanescente pianista rubia fijada en un perfil de camafeo, y el tomate asazonado del bloody - Mary que, sin saber por qué, inmediatamente pidió. Como si lo hubiera hecho a cada estación, a cada Feria, toda una vida...

¿Cómo era posible? ¿Cuánto tiempo había pasado? Se volvió hacia el gran reloj bruñido que cubría con su nota grandilocuente y sorda las del piano. Lo comprobó en el suyo: eran las diez. Se apresuró en llamar al camarero, un viejo solícito y pulcro que hablaba —mal— todos los idiomas y siempre respondía en uno diferente para congraciarse con el cliente; pagó sin demostrar asombro la suma abusiva: es verdad que no tenía delante los vasos vacíos ni podía calcular a estas alturas cuál era su número.

Ya se iba, después de una generosa propina y del intercambio de amabilidades al uso. No los había visto entrar. Aparecieron, ya de este lado de la puerta giratoria. Inestables y del brazo. El colombiano —lo notó enseguida— estaba completamente embebido y según lo saludó con un tropeloso "¿Qué hubo, hermano?" comprendió que al habitual tartamudeo se iba a añadir ahora la avinada articulación de los trasnochadores.

El Otro, el Hombre, era también bajito, de pelo muy negro y visiblemente engominado que peinaba con una onda rígida sobre la frente. Tenía los ojos negros, las cejas muy arqueadas, las pestañas grandes, con algo de indio o de árabe; la mirada profesionalmente profunda. Sonrió apaciblemente. Le apretó la mano derecha con las suyas, y en lugar del consabido "Mucho gusto" pasó directamente a un paterno "¿Qué tal has pasado el día?", como si se conocieran desde siempre, como si se hubieran visto ayer.

Se impuso —o al menos así se dice— una nueva ronda de bloody - Mary.

Algo lo inquietó de inmediato: la desventura con que el personaje recién llegado no se limitaba, como todo el mundo, a una de las butacas del bar, sino que señalaba con un gesto abierto, casi oratorio, al centro de la pieza, un amplio sofá blanco, lujosamente acolchado por la Knoll, como un actor engreído, que no se resigna a menos que el proscenio.

—Disculpa el retraso —lo tuteó enseguida, mientras que, con todos los dedos de la mano derecha, atrapaba un montoncito de almendras saladas que un camarero diligente había dispuesto en un pozuco de plata.

La mesa era transparente; se le veían, cruzándose y desru-

zándose con ansiedad, los pies bien calzados —zapatos italianos, se dijo, quizás hasta de Valentino— y las medias azules de cuadros, algo gastadas. También lo estaba —alzó la vista para escrutarlo— la corbata del mismo azul y quizás legítima seda.

—Y es que nos ahogamos en un Niágara de opciones, de manuscritos y de contratos— continuó. Con un palillo de plástico anaranjado pinchó, en otro pozuco, una aceituna rellena con anchoa, y, acto seguido, otra con un pimiento. Su agotamiento era, sin duda, el que procura el éxito:

—Vamos a arrancar esta editorial en grande, en tono mayor, ¿no es así?— Y miró de reojo al colombiano, que asintió puntual, previsto cómplice.

Muchos vienen a Francfort —se cayó una aceituna del palillo, que atrapó de una picada, como si la mano fuera un martín pescador hambriento, infalible— con el nombre de un autor hecho, con la golosina fácil para este mundo de bibliófagos y de polillas niponizadas. Para mí no es así: la edición es una epifanía, algo que ilumina y subvierte a la vez ese triángulo equilátero, siempre vibrante cuyos ángulos son el autor, el editor y el lector... El editor —pareció como si de pronto le molestara la música del piano, como si sus aforismos no soportaran fondo alguno— no es un anacoreta, sino un cruzado en plena guerra santa de papel...

Y acto seguido, sin esperar la anuencia del colombiano, le hizo desde lejos al camarero, dándole al índice en alto una vuelta en el aire, el signo elocuente de la repetición.

Él lo contemplaba todo a la vez fascinado e incrédulo, sin saber si lo que lo iba ganando, ante aquel personaje, era la admiración o la desconfianza, si la imagen que se iba forjando era la de un idealista de las letras, emprendedor y heroico —en estos tiempos de rentabilidad y ramplonería—, o la de un charlatán zarzuelero sacando de un sombrero, como anémicas palomas, palabras antaño de moda y hasta algún neologismo chato de su invención. O las dos...

Entretanto, el colombiano se empujó de un trago el nuevo bloody - Mary, que asimiló a un jugo de tomate enlatado y simplón:

—Le he hablado mucho de ti —acertó a gaguear.

—¿De mí?

—Sí señor —tropezó con las dos eses como si fueran adonques afilados expresamente dispuestos para hacerlo trastabillar, y ya envalentonado por el vodka, o por la angostura, añadió:

—Le he hablado hoy de tu caso literario, el de alguien —y volvió a trabarse en la *a*— tan lleno de talento y tan desconocido. Un caso que hay que tratar.

Sonrió agradecido, halagado casi por ese torpe elogio. Pero en su fuero interno fue como si la noche alemana le cayera encima de golpe: una pesadumbre envolvente y espesa como una mortaja le fue cerrando el pecho, engarrotando los bronquios. Tosió. Fue él quien ahora pedía más tragos, pero diferentes —dijo con sorna— para "hacer pasar". Y en su esperanto incipiente —así le decía al terco alemán que había aprendido con una novia de infancia, mexicana hoy fugada en Berlín— ordenó tres cervezas que calificó de heladas en su mente, cuando la sutileza germánica sólo le llegaba hasta frías, cuando más.

—Ese caso —el Hombre providencial vociferaba ahora, suscitando más de una mirada recriminatoria en el afelpado ambiente del "Francforter Hoff". Había increpado al camarero:

"ya que estamos en Alemania, déme la cerveza en jarra"—, ese caso no es más intrincado que otros que yo he resuelto.

(Habla de él como si se tratara de un ser inanimado, de un objeto inerte, o repugnante, que alguien distraído o perverso hubiera abandonado sobre el impecable sofá de la Knoll y que había que expulsar con la mayor urgencia).

—He resuelto —prosiguió, fanfarrón— el caso de esta segunda mitad del siglo. Saqué a Verdaccio de la cárcel, y luego del asilo donde lo habían confinado sus antiguos pacientes convertidos en encarnizados detractores, una caterva de conjurados, y lo volví a poner en su sitio: un mecenas del nuevo Renacimiento o, como se puede llamar con más propiedad, del neo —retorno al paradigma helénico. ¿Cómo no voy a poder resolver su caso, puramente literario y hasta menor?

El bar se había quedado en silencio. La pianista se había levantado sin el menor aplauso después de unas últimas notas, desgranadas con desabrimiento, de *Blue Moon*, y salía sola por la puerta giratoria, levantándose, con un gesto versallesco, la pesada falda de terciopelo rojo. Se apagaron un segundo las luces. Se volvieron a apagar.

—Lo único que necesito —continuó, dirigiéndose a él, aunque solicitando del colombiano bostezante, a quien miraba de tiempo en tiempo y de reojo, un cabeceo de aprobación— es, ahora mismo, el dichoso manuscrito. No duermo en Francfort. Salgo a New York.

El colombiano, ya hundido en el más espeso letargo lupular, se despezó para balbucir dos frases tan amenazantes como breves:

—Tu hotel está al lado. El destino está en tus manos.

—Señores, me siento... —como quien ha encontrado la solución para salvarse de un peligro de muerte, él reaccionó con calma, atinado, casi valiente, articulando palabra por palabra lo mejor que podía— sumamente halagado con esta sugerencia.

—Con este pedido insistente y firme —replicó el hombre.

—Pero, hay un problema —se aclaró la voz— y es que tengo sólo el manuscrito original. No hay copia.

—Precisamente —replicó de inmediato el Hombre, con algo de protesta, como herido en su amor propio—, precisamente: esa es la apuesta de Pascal.

Y se levantó de golpe, llamando al camarero y buscándose la billetera en el bolsillo interior del saco:

—¡Coño! —gritó el Hombre—. He olvidado todo mi dinero en el hotel. Recapacité:

—Pero no importa. Arregla esto, por favor, y te mando mañana a primera hora un cheque desde New York.

El sintió un vértigo que conocía muy bien desde la infancia: los oídos le silbaban con un chirrido ensordecedor, hiriendo casi. Alguien, que no acertaba a identificar, le empujaba el estómago y se lo apretaba hasta provocarle un vómito ciroso, de otro rojo: tomate podrido y vodka rancia. En ese marasmo, sólo atinó a escuchar la frase, esta vez inteligible y segura, del colombiano, que franqueaba la puerta giratoria siguiendo al Hombre:

—Te esperamos en el acto, con el manuscrito, en el chino de enfrente. Está abierto toda la noche. Y viejo —concluyó, jocosamente y desenfadado, apuntándose el vientre— ¡hay que ponerle gasolina al tanque!

Era su inglés lo que ahora fallaba: se hizo repetir tres veces por el camarero, primero displicente y luego irritado, la cifra

que sancionaba los desmanes étlicos. Comprendió de inmediato que, una vez esponjada aquella deuda, como se decía en París, se quedaría sin un marco. O casi.

Salió con paso lento, sin dar la menor propina, cabizbajo. La puerta giratoria le pareció acelerada, como si alguien la empujara del otro lado, con odio. Subió lentamente la calle que conducía a la estación.

No quedaban borrachos. Una bruma ligera rodeaba los faroles del alumbrado público. No se oían tranvías. El *sex-stop* seguía abierto, pero las luces parpadeantes de las vitrinas parecían empañadas, o sucias. Unos árabes, excesivamente cubiertos para la estación —con largos abrigos de lana y bonetes tejidos, del mismo color carmelitoso— se arremolinaban en la puerta, sin decidirse a entrar, a la vez fascinados y culpables.

Ya estaba apagado el anuncio lumínico de su hotel y el conserje, avinado y panzón, le abrió la portezuela con un gruñido.

Encendió la luz del cuarto y corrió a mirarse en el espejo. Estaba demacrado y sudoroso. Se le marcaban las ojeras y, aunque sólo había pasado un día, de nuevo la barba:

—¡Qué estafadores! —dijo en voz alta— ¡Qué hijos de puta! He perdido mi tiempo y mi dinero con ellos. Sólo a mí me ocurren estas cosas. Jamás les daría un manuscrito único a estos rateros.

Y comenzó a desvestirse, harto de todo, agotado, sintiendo subirle desde el vientre la náusea de los libros y del alcohol, como un vómito incoercible y fibroso que ya no podía evitar.

Abrió la maleta para sacar, si lo había traído, un pijama. El manuscrito estaba encima de la ropa arrugada, nítido en medio del desorden, de la suciedad.

Lo agarró acto seguido, sin saber por qué. Se puso la camisa de un tirón, sin ocuparse de que los botones quedaran emparejados a sus ojales correspondientes. Sin corbata, se tiró encima un saco.

—El que no se arriesga —dijo en voz alta, mirándose en el espejo—, ni gana ni pierde.

Corrió escaleras abajo, apretando el manuscrito con la mano, como si lo salvara de un incendio. Sin que se percatara el regordete de la entrada, abrió la puerta. Estaba en la plaza de la estación. Quedaban taxis.

—Al restaurante chino —dijo acezante—, el que está frente al Francforter Hoff. Rápido.

En el alemán a la vez sonámbulo y rugiente de esas horas de la noche, el taxista le dijo algo que no entendió, pero que no podía significar más que una cosa: "está cerca, vaya a pie."

Él le enseñó un billete de no sabe cuántos marcos. Salieron de inmediato, acelerados. Las gomas chirriaron contra los adoquines que humedecía el rocío.

Dos minutos después pagó. El taxi lo dejó frente a la puerta de los chinos y escapó como un rayo.

Fue entonces cuando la duda lo sacudió como un corrientazo eléctrico, de la cabeza a los pies: ¿entraba o no?

Quedó inmóvil, en silencio, en medio de la calle.

Apretó el manuscrito contra el pecho y lo miró como si lo que tuviera entre los brazos fuera un animal enfermo.

Había comenzado a llover.

Se pasó el dorso de la mano por la barba.

Sólo entonces comprendió que estaba solo en Francfort, que nadie lo podía aconsejar.